

una historia de la iglesia en españa

La Biblioteca de Autores Cristianos ha lanzado una Historia de la Iglesia en España que constará de cinco volúmenes de su colección Maior. Por el momento, y desde junio de este mismo año, contamos con el vol. I (La Iglesia en la España romana y visigoda) y el vol. V (La Iglesia en la España contemporánea, es decir, siglos XIX y XX); se anuncia de próxima aparición el vol. IV (siglos XVII-XVIII).

La aparición de esta Historia se ha anunciado como un acontecimiento cultural de importancia y, en realidad, así lo es. Será, cuando esté completo, el único manual moderno donde poder ilustrarnos sobre el tema, por lo que en esta ocasión se puede afirmar con toda razón y sin caer en el tópico, que la obra comenzada viene a llenar un vacío.

La alta dirección corre a cuenta del P. Ricardo García-Villoslada, de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana de Roma, pero la obra es el fruto de una amplia lista de colaboradores, que son los autores de cada una de las partes, aunque este particular quede bastante desdibujado en la presentación tipográfica, en la que se ha dado excesivo relieve al director, pudiendo dar origen a la errada idea de que éste es el principal autor de la obra.

Como en toda colaboración, el valor de cada parte no será siempre el mismo, pero en todo caso es una obra seria, única y de gran utilidad para historiadores, para eclesiásticos y para todo un público mucho más amplio, ya que ha sido intención expresa del director y de los autores conseguir un texto de alta divulgación que, aún teniendo en cuenta todas las exigencias de la crítica histórica moderna, se mantenga al alcance de cualquier persona de un nivel cultural medio.

En el primer volumen hay una primera parte, de cuatrocientas páginas, consagrada al estudio de los orígenes y primer desarrollo del cristianismo en España, hasta la desintegración del poder imperial romano en nuestra Península; y una segunda, de unas trescientas cincuenta páginas, dedicada a la Iglesia en la España visigoda.

La primera parte, debida a Manuel Sotomayor, profesor de la Facultad de Teología de Granada y colaborador también de nuestra revista, supone una puesta al día de los problemas ya clásicos de esa época, enfocados con una visión moderna y crítica de los hechos y de los documentos que nos permiten reconstruirlos, así como desde los puntos de vista de una eclesiología también actual, que da la debida importancia y primordial papel al pueblo de Dios. La historia de los cristianos no se estudia en este trabajo de manera aislada, como si se tratase de una comunidad ajena a su mundo, sino que se encuadra dentro del marco del mundo sociopolítico del Imperio romano, al cual pertenece. En este sentido son especialmente interesantes los capítulos I y V y también el X, que trata de la transición al mundo visigodo.

El A. procede por orden cronológico de los documentos conservados, con el fin de evitar una indebida extrapolación a tiempos más antiguos de los datos conservados en documentos posteriores, dedicando una atención especial a la célebre carta 67 de S. Cipriano, a las Actas de S. Fructuoso y a otras actas de mártires, y al gran documento que es el Concilio de Elvira (cap. II y III). Especial mención merece el cap. IV, dedicado al problema de los orígenes de nuestro cristianismo. En la primera parte de este capítulo se trata sobre los supuestos orígenes africanos de la iglesia hispana. Tales orígenes africanos se habían ido convirtiendo en los últimos años en una especie de verdad adquirida, aunque en realidad se trataba más bien de una progresiva afirmación, cada vez más rotunda, sin nuevos argumentos, de las hipótesis lanzadas hace unos doce años con serias cautelas por el Prof. M. C. Díaz y Díaz. El A. no cree que se pueda hablar de orígenes africanos de nuestro cristianismo y lo prueba analizando todos y cada uno de los documentos que suelen aducirse, admitiendo únicamente algo que, por otra parte, es obvio: una cierta influencia del Africa proconsular cristiana en determinadas regiones de nuestra Península, en ciertos momentos determinados.

La segunda parte del capítulo está consagrada a las antiguas tradiciones sobre la predicación de Santiago y la venida de los «siete varones apostólicos», tradiciones que se tratan con el debido respeto, pero sin concederles por ello un valor histórico que no cuenta con las debidas garantías. Tampoco parece muy probable que se realizase el deseado viaje de San Pablo a España; en todo caso, si se realizó, no parece que dejase tras de sí rastro alguno importante.

El cap. VI se consagra principalmente a tres grandes figuras hispanas relacionadas con la lucha provocada por el arrianismo: Osio de Córdoba, Potamio de Lisboa y Gregorio de Granada (Elvira).

El priscilianismo es el tema estudiado en el cap. VII. M. Sotomayor reacciona contra la tendencia que pretende reducir el priscilianismo a un movimiento meramente social, tendencia de moda, pero que, según el A., no puede mantenerse en su exclusivismo si no es por motivos ajenos a los que proporciona una sana crítica histórica.

En el cap. VIII se trata de algunos aspectos de la vida interna de la Iglesia hispana en el siglo IV: bautismo, culto, virginidad y vida ascética, matrimonio, penitencia y clero. Con este motivo vemos desfilar ante nosotros figuras tan interesantes como las de Baquiario, Eutropio y Cerasia, Paulino de Nola y Terasia, Lucinio y Teodora y, sobre todo, al gran obispo de Barcelona, Paciano. A las más grandes figuras hispanas de la época está dedicado el cap. IX: Juvenco, Prudencio, Orosio, Hidacio, Egeria, así como la célebre carta del obispo Severo de Menorca.

Una amplia bibliografía al principio de cada capítulo es una ayuda notable para el que desee ampliar conocimientos sobre los diversos puntos generales o particulares que se tratan en el texto, sin que falten tampoco las oportunas notas a pie de página, garantías, ambas cosas, de la seriedad de la información de quien redacta.

Las mismas indicaciones son aplicables a la segunda parte de este primer volumen, obra debida a Teodoro González García, profesor del Instituto Pontificio de Teología de S. Pedro Mártir (Madrid), a cuyo cargo corre la historia de la Iglesia hispana desde la conversión de Recaredo hasta la invasión árabe, con un último capítulo que se ocupa del arte visigótico español y que es debido a Pablo López de Osaba, director del Museo de Arte Abstracto de Cuenca y del Instituto de Música religiosa de la Diputación de Cuenca.

Las características de la obra de Teodoro González son diferentes, como son diferentes también las características de la iglesia en el reino visigodo. Se trata de la historia de una Iglesia de Estado. Por eso, tras dedicar un primer capítulo a la conversión de los visigodos al catolicismo, el A. dedica dos importantes capítulos al tema de la relación Iglesia-Reino: el capítulo II a la Iglesia y la monarquía visigoda y el capítulo III a la Iglesia visigoda y los reyes: condiciones para ser elegido rey, elección del rey, fortalecimiento del poder real, intervención del rey en asuntos eclesiásticos, reyes indignos, rebelión contra los reyes, protección a los familiares y colaboradores de los

reyes, etc. Además de los capítulos consagrados a la organización de la Iglesia visigoda (cap. IV), a la vida cristiana y cura pastoral (cap. VI), al paganismo, judaísmo, herejías y relaciones con el exterior (cap. VIII) y a la cultura (cap. IX), merecen destacarse el cap. V, cuyo tema es el de Los Concilios de Toledo, y el amplio capítulo VII, en el que se estudia con detención el Monacato, partiendo desde sus orígenes en nuestra Península.

La obra que comienza ahora a salir a la luz pública suscitará diferentes comentarios y diversas reacciones críticas que contribuirán sin duda a su mejora en sucesivas ediciones. Pero en todo caso todos saludamos con alegría su aparición y nos prometemos grandes frutos de su lectura y uso.

Juan A. Estrada